Borges y nosotros

Roberto Herrera

Jorge Luis Borges, según la opinión autorizada del distinguido escritor francés André Maurois, es «un gran escritor que ha escrito solamente pequeños ensayos y narraciones cortas. Sin embargo, ellos son suficientes para que nosotros le llamemos grande por su maravillosa inteligencia, su riqueza de invención y su ceñido y casi matemático estilo» [1]. Y John Barth se ha referido a él como «uno de los grandes maestros de la ficción del siglo XX» [2]. Quizás sea por esto por lo que el profesor Jaime Alazraki ha afirmado en su interesante y bien documentado ensayo sobre el escritor argentino que cualquier lector culto se ha encontrado, seguramente, con el nombre de Borges en los libros más heterogéneos, algunos de los cuales, probablemente, tendrán muy poca o ninguna relación con su obra literaria [3]. Ha ocurrido con Borges, pues, lo mismo que nos ha sucedido con Joyce, Kafka o Faulkner, es decir, que su nombre se ha convertido en un verdadero concepto, aceptado y seguido por muchos de sus admiradores o criticado y discutido por el grupo de sus detractores; y sus creaciones literarias han alcanzado una nueva dimensión que ha sido designada con el nombre de «borgeana». Pero una sola verdad indiscutible podemos colegir de todas estas especulaciones, y es la siguiente: una gran parte de la literatura hispánica contemporánea no puede ser explicada y mucho menos comprendida si no tenemos en cuenta la influencia que Borges ha ejercido en la misma; y, por consiguiente, no es una exageración decir, como ha señalado el propio Alazraki antes citado, que «el mapa de la literatura de ficción del siglo XX estaría incompleto sin su nombre» [4].

Breve introducción biográfica

Jorge Luis Borges nació el día 24 de agosto del año 1899 en la ciudad de Buenos Aires, de origen español, inglés y, muy remotamente, judío portugués. Es, pues, como ha dicho el propio André Maurois, «argentino por nacimiento y temperamento», pero se ha nutrido de la literatura universal, lo que le permite concluir que «Borges no tiene ninguna patria espiritual determinada» porque él ha creado, como un poderoso y humano Dios literario, un mundo simbólico e imaginario fuera del tiempo y del espacio [5]. La accidentada y fascinante biografía de Borges parece confirmar todas estas disquisiciones del escritor francés.

---

[1] JORGE LUIS BORGES: *Laberintos,* cuentos seleccionados y otros escritos, editado por Donal A. Yates y James E. Irby, con un prólogo por André Maurois, publicado por New Directions, New York, 1962, pág. ix del prólogo.

[2] JAIME ALAZRAKI: *Jorge Luis Borges,* ensayo publicado por Columbia University Press, New York and London, 1971, pág. 3.

[3] *Ibid.*

[4] *Ibid.*

[5] Prólogo al libro *Laberintos* antes citado, pág. ix.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Roberto HERRERA. Borges y nosotros
Centro Virtual Cervantes

Empezaremos diciendo que los padres de Borges, que pertenecían a la clase media de intelectuales y y eran descendientes de prominentes figuras militares y políticas de su país que se vieron envueltas en las luchas que tuvieron lugar durante la mayor parte del siglo XVII para lograr la independencia y unidad nacional de la Argentina, siempre tuvieron la preocupación de educar bien a su hijo. A partir de 1914 vivió Borges en Suiza, donde completó su educación secundaria en la ciudad de Ginebra. De allí, pasó a España, donde permaneció tres años en contacto con el grupo de poetas «ultraístas» que empezó a desarrollarse por aquella época. Regresó a Buenos Aires en el año 1921. En la capital argentina, inmediatamente, se convirtió Borges en la figura más destacada y en líder y teorizante de más relieve del movimiento vanguardista del «ultraísmo» bonaerense, que se diferenciaba del español por una peculiar fusión de las formas del expresionismo moderno con una nostalgia anacrónica que cultivaba y trataba de preservar ciertos valores nacionales que ya, por aquella época, estaban desapareciendo en el vértigo de ideas que siguió a la Primera Guerra Mundial y en la avalancha de inmigrantes extranjeros que inundó el territorio argentino. En consecuencia, Borges y sus contemporáneos se vieron colocados en una situación muy similar a la de algunos escritores norteamericanos de la misma generación que sufrieron, también, el impacto de la guerra, de la industrialización y del moderno arte europeo en el ambiente apacible y tranquilo en que se desenvolvían, por razón de su ancestro, en las regiones del medio-oeste o del sur de los Estados Unidos. Todos estos hechos biográficos tuvieron después una importancia trascendental en la obra literaria posterior de Jorge Luis Borges; y ésta es la razón de que incluyamos esta breve introducción de los acontecimientos más importantes de su vida al comienzo de este trabajo.

Hasta el año 1930, aproximadamente, la labor literaria de Borges se concentró en su poesía, constituida esencialmente por versos libres, carentes de métrica y rima, y, por lo general, poemas lacónicos que evocan escenas y ambientes del viejo Buenos Aires o que tratan de temas eternos o intemporales como el amor y la muerte. Fue por esta época cuando también escribió muchos ensayos sobre temas de crítica literaria, metafísica e idiomas; ensayos que, por su estilo compacto y sus sorprendentes paradojas, nos recuerdan los de Chesterton. La lucidez y la precisión verbal de estos ensayos descansa, fundamentalmente, en la serenidad lírica de sus imágenes y en su gran preocupación de aquellos días por aislar sus ideas y opiniones del mundo agitado y convulso que le rodeaba; para poder lograr, a través de esa abstracción literaria, la creación de las condiciones favorables para el desarrollo de una nueva literatura nacional como él la concebía. Los años de 1930 a 1940 trajeron, sin embargo, un cambio profundo y radical en la obra literaria de Borges. Fue entonces cuando abandonó virtualmente la poesía y se consagró al género literario del cuento o narraciones cortas, que es el que en definitiva le ha dado fama internacional. Poco a poco, aquel joven que se había mantenido activo editando pequeñas reseñas tales como Martín Fierro, Prisma y Proa, fue paulatinamente convirtiéndose en un escritor e investigador sedentario que pasaba muchas horas solitarias dedicado a la lectura de los más variados y raros trabajos de literatura, filosofía y teología; y, al propio tiempo, corrigiendo meticulosamente sus manuscritos, con una dedicación apasionada, pero al propio tiempo casi monstruosa, a la palabra escrita, que se convirtió así en su más completa y satisfactoria experiencia vital. Ha sido André Maurois, a quien tenemos que citar de nuevo, el que ha dicho que «Borges ha leído todo, y especialmente lo que nadie ya lee: los cabalistas, los griegos alejandrinos, los filósofos medievales». Sus fuentes de información son, por lo tanto, innumerables y sorprendentes. Y de la misma manera podemos afirmar noso-

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Roberto HERRERA. Borges y nosotros
Centro Virtual Cervantes

tros que las narraciones de Borges son innumerables en cuanto a los temas filosóficos y teológicos que tratan; y sorprendentes en cuanto a la forma de tratarlos y desarrollarlos, con una originalidad y una riqueza de recursos estilísticos que siempre maravillan, asombran y confunden al lector.

Principales influencias

Jorge Luis Borges, con su proverbial honradez intelectual, ha declarado en alguna ocasión que, en su opinión, no hay ningún escritor que pueda presumir de una absoluta originalidad. Por lo tanto, en muchos de los prólogos y epílogos de sus libros de verso o prosa, o en entrevistas personales que ha concedido, ha reconocido con una admirable probidad que le enaltece como escritor, cuáles han sido las principales fuentes de su inspiración, así como los nombres de los autores que más influencia han tenido en su labor literaria. Además de los cabalistas, los griegos alejandrinos y los filósofos medievales de que nos habló antes André Maurois, podemos mencionar específicamente otros escritores que han dejado una huella visible y perdurable en la obra borgeana, tales como Giordano Bruno, el teólogo francés del siglo XII Alain de Lille y muchos de los grandes maestros de la literatura en lengua inglesa, incluyendo a Chesterton, a Wells, por quien el escritor argentino ha sentido siempre una gran admiración, a Oscar Wilde, Robert Louis Stevenson, Edgar Allan Poe y John William Dunne, este último autor de libros muy curiosos acerca del tiempo, en los cuales alega que el pasado, el presente y el futuro existen simultáneamente, como puede ser fácilmente probado por nuestros sueños. Otros escritores que también han ejercido una influencia notable en la literatura de Borges son, sin lugar a dudas, Kafka, quien ha sido un precursor directo del narrador argentino; Zeno de Elea, Kierkegaard y Robert Browning. En cada uno de estos autores, como ha indicado André Maurois, hay algo de Kafka, pero si Kafka no hubiera escrito su obra, nadie hubiera podido notar su influencia en los demás. Esto es, seguramente, lo que ha dado origen a esa famosa paradoja de Borges cuando afirma que «cada escritor crea sus propios precursores» [6]. Por último tenemos que mencionar que además de la filosofía hindú, árabe y china, y las respectivas religiones de estos pueblos, especialmente el budismo, el arte de Borges ha buscado y encontrado temas, ideas y orientaciones, en casi todos los filósofos importantes que han dejado su legado al mundo en que vivimos, desde Demócrito a Espinoza; desde Schopenhauer hasta Kierkegaard, y todos ellos han sido para el genial artista argentino fuente inagotable de paradójicas posibilidades intelectuales.

Sus temas fundamentales

Uno de los temas centrales de Borges, y que sirve de fundamento a muchas de sus obras de ficción, es que este mundo en que vivimos ha sido solamente el primer ensayo, rudo y primitivo, de alguna deidad menor que posteriormente lo abandonó, abochornada de su mediocre creación. Pero, afirma el propio Borges, «la imposibilidad de poder penetrar el esquema divino del universo, no puede disuadirnos de trazar esquemas humanos, a pesar de que nosotros estemos, plenamente conscientes, de que ellos son provisionales» [7]. Estos esquemas o diseños son los temas

[6] *Ibid.*, pág. xi.
[7] JAIME ALAZRAKI, ensayo antes citado, págs. 3 y 4.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Roberto HERRERA. Borges y nosotros
Centro Virtual Cervantes

propios de la filosofía y de la teología. Teniendo todo esto en cuenta, Borges concluye una de sus mejores colecciones de ensayos titulada en inglés *Other Inquisitions,* con esta interesante declaración: «A medida que corrijo las pruebas de este volumen, he descubierto dos tendencias en esta variada colección de ensayos. La primera tendencia es evaluar las ideas religiosas o filosóficas sobre la base de su valor estético e, inclusive, por lo que resulta singular y maravilloso acerca de ellas» (pág. 201). En otro de sus escritos ha dicho que «las invenciones de la filosofía no son menos fantásticas que las del arte». Y quizás por eso en su famosísima narración titulada *Tlön, Ugbar, Orbis Tertius,* en el ordenado planeta que aparece en dicha historia y que recibe el nombre de Tlön, la metafísica no es más ni menos que «una rama fantástica de la literatura». Estas especulacionres filosóficas y teológicas son las que han hecho exclamar a Jorge Luis Borges lo siguiente: «¿Qué son las maravillas de H. G. Wells o de Edgar Allan Poe si se les enfrenta con la invención de Dios, con la laboriosa teoría de un ser que, en cierta forma es una trilogía, y que, aisladamente, perdura fuera del tiempo?». Éste debe ser el motivo de que el famoso escritor argentino haya declarado que en su *Antología de la literatura fantástica* hay una omisión inexcusable: «la de los insospechados y grandes maestros del género —Parménides, Platón, John Scotus Erigena, Alberto Magno, Spinoza, Leibniz, Kant y Francis Bradley— que se han quedado fuera». Estos maestros de la «literatura fantástica» son también los maestros de Borges «el escritor de ficción». Y precisamente por eso los temas de muchas de sus historias están inspirados por las hipótesis metafísicas que se han ido acumulando a través de los siglos de la historia de la filosofía y por los sistemas teológicos que son el andamiaje en que se apoyan las distintas religiones. Borges, que a no dudarlo es un escéptico de la veracidad de aquéllas y de las revelaciones de éstas, las despoja de sus pretensiones de verdad absoluta y pretendida divinidad y hace con ellas, en su lugar, el simple material para sus invenciones fantásticas. De esta manera él les devuelve el carácter de creación estética y maravillosa por el cual son valoradas y justificadas.

Todas las características que hemos señalado anteriormente, aparecen en mayor o menor medida, en las narraciones de Borges, en las que por debajo de la aparente estructura del cuento, siempre sentimos la presencia de alguna especulación metafísica o la reverberación de cierta teología que, en alguna forma, tratan de explicar la historia, y, al propio tiempo, le confieren un sabor trascendental que todas sus narraciones tienen, a pesar de que Borges, con esa ironía y sentido del humor que le caracterizan, lo niega rotundamente y hasta se burla un poco de ese trascendentalismo que los críticos siempre encuentran en sus obras.

Lo cierto es que, para resumir, en sus cuentos lo particular está entretejido con lo general, y, al propio tiempo, se confunden dentro de estos dos conceptos; la realidad se mezcla con la fantasía formando una unidad en que a veces es muy difícil, o prácticamente imposible, separar la una de la otra; y, finalmente, los seres vivientes, incluyendo escritores, filósofos y teólogos de renombre, se confunden con las figuras creadas por su fértil imaginación hasta llegar a un punto en que lo que creíamos que era la realidad se convierte en ficción y lo que era puramente ficticio se convierte en real. Es precisamente por esto por lo que se ha dicho, muy acertadamente, que Jorge Luis Borges es uno de los pioneros de la nueva literatura hispanoamericana; y su influencia en Cortázar, en Sábato e incluso en Gabriel García Márquez, es innegable, al igual que en otros muchos autores del llamado «boom» de la literatura en la América de habla española.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Roberto HERRERA. Borges y nosotros
Centro Virtual Cervantes

Conclusiones

No es difícil darse cuenta de que, en muchas de sus historias cortas, o quizás en toda ellas, Borges atribuye a lo concreto un valor genérico. Las realidades concretas de sus historias, como ha afirmado Jaime Alazraki tantas veces citado en este ensayo, son lo que el mundo concreto es para los místicos: un sistema de símbolos. El escritor bonaerense ilumina lo concreto con la perspectiva de lo genérico, y, de esta manera, le confiere una intensidad que no tiene como entidad individual. Confundiendo los límites de lo individual y lo genérico; de lo relativo de una realidad singular con lo absoluto de una abstracción, Borges ensancha el alcance de sus historias, dándoles a las mismas una elasticidad y una simultaneidad, que, si al principio hacen que ellas parezcan fantásticas e irreales, al final, las salvan de convertirse en una simplificación demasiado burda de la realidad [8].

Se ha dicho, y con razón, que uno de los más altos valores de la obra literaria de Jorge Luis Borges es la fe poética, es decir, la fe como actitud vital. Esta necesidad de la fe poética o de la «suspensión de la duda», aparecen tempranamente expresadas en muchos de sus ensayos. Durante más de treinta años la valiosa producción del autor argentino ha ocultado su «verdad poética» a muchos de sus lectores; con muy pocas y honrosas excepciones en las cuales la aproximación a su obra se realizó sin prejuicios y con un auténtico interés por descifrar la escritura y el texto en sí. Por varias décadas, hasta los años cincuenta, la lírica y la narrativa borgeanas evocan el silencio y el misterio de sus personajes, muchas veces incomprendidos o mal interpretados por personas que no han sabido penetrar en el mundo de ficción de Borges, un mundo que no es fácilmente accesible, para poder desentrañar el mensaje filosófico o teológico que, con frecuencia, es la base y razón de muchos de sus poemas o de sus narraciones. Esto es lo que ha motivado que, entre Borges y nosotros, o al menos entre Borges y muchos de nosotros, no haya existido la comunicación, intelectual y artística, que es indispensable para poder apreciar, en todo su verdadero valor, su obra literaria.

Jorge Luis Borges es, a no dudarlo, un escritor culto, que ha leído mucho y en las más variadas fuentes. Y esa cultura, bien cimentada y profunda, que ha ido acumulando a través de los años, aflora constantemente en su producción literaria en prosa o en verso. No es, por lo tanto, un escritor para grandes multitudes; y mucho menos, un escritor que pueda analizarse con mezquindad interpretativa. Exige, para ser comprendido, alteza de miras y generosidad en el propósito. Y así, y solamente así, podremos establecer una mejor comunicación con ese mundo creado por su fantasía genial y su incansable imaginación, que a veces nos resulta improbable, contradictorio, ambiguo y, en algunas ocasiones, hasta absurdo; y que no constituye, como han dicho algunos críticos desorientados, un alejamiento de la realidad, sino precisamente todo lo contrario. Es decir, una vuelta a una realidad mucho más cercana, que no es, por supuesto, la realidad sensacionalista y escandalosa de los periódicos, sino una realidad esencial que nos vincula estrechamente con todo lo que fue en el pasado y debe ser en el futuro; una realidad que nos transforma en un ciclo que ya ha ocurrido, y, sin embargo, aún nos enseña que un minuto puede ser estrictamente largo para valer por toda la eternidad.

Por todas estas razones antes apuntadas, a Borges hay que leerlo guiados por la «fe poética» de que hablábamos antes, creada por la magia del texto; y recorrer, aprendiendo, el mismo camino del maestro, percibiendo, en cada una de sus obras,

[8] *Ibid.*, pág. 7.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Roberto HERRERA. Borges y nosotros
Centro Virtual Cervantes

ese palpitar de su espíritu culto y refinado y de su desbordante imaginación, y será entonces, y solamente entonces, cuando podremos descubrir en él los méritos excepcionales que hicieron exclamar a otro gran escritor argentino contemporáneo, Ernesto Sábato, lo siguiente: «si Borges fuera francés o checo, todos nosotros lo leeríamos con entusiasmo en traducciones malas». El no ser francés, indudablemente, ha relegado a Borges a un plano de relativa oscuridad en los países de habla inglesa, donde es raro que a un escritor hispano se le conceda mayor importancia. Sin embargo, el Premio Formentor de 1961, que compartió con Samuel Becket, y el premio que le fue concedido por el gobierno de Israel, entre otros reconocimientos recientes, han contribuido a crearle el prestigio internacional de que hoy disfruta y han acentuado aún más la tremenda injusticia que con Borges se ha cometido al no haberle concedido aún el Premio Nobel de Literatura que otros escritores hispanoamericanos, que no tienen más méritos que él, han recibido en los últimos años. Quizás sea porque Jorge Luis Borges que es un hombre y un escritor que no compromete sus principios, como lo probó hasta la saciedad durante la trágica etapa del peronismo en su querida patria, debe tener sus enemigos, a pesar de haber dicho en el prólogo de uno de sus libros lo siguiente: «Tampoco le ha faltado a mi vida la amistad de unos pocos, que es la que importa. Creo no tener un solo enemigo, o si los hubo, nunca me lo hicieron saber. La verdad es que nadie puede herirnos, salvo la gente que queremos...» [9].

En conclusión, esperamos que algún día no lejano, Borges y nosotros nos pongamos de acuerdo, aun aquellos que, tan injustamente, lo combaten y lo critican a veces porque no lo conocen o no han aprendido a conocerlo; y entonces, para honra y gloria de todos los hispanoamericanos, se le confiera el reconocimiento universal que tanto merece simbolizado en el galardón del Premio Nobel de Literatura. Porque Jorge Luis Borges, y esto hay que repetirlo hasta el cansancio, es un gran escritor, aunque no escriba, como él mismo ha declarado, «para una minoría selecta, que no me importa, ni para ese adulado ente platónico cuyo apodo es la Masa. Descreo de ambas abstracciones, caras al demagogo. Escribo para mí, para los amigos y para atenuar el curso del tiempo» [10].

[9] JORGE LUIS BORGES: *In Praise of Darkness*, quinto libro de versos traducidos al inglés por Norman Thomas di Giovanni, una edición bilingüe, E. P. Dutton and Co., Inc., New York, 1974, prólogo original, pág. 131.

[10] Epílogo al libro titulado *El libro de arena*, publicado por Ultramar-Emecé, Buenos Aires, 1975, que aparece como la contraportada de dicha obra.

BOLETÍN AEPE Nº 32-33. Roberto HERRERA. Borges y nosotros
Centro Virtual Cervantes